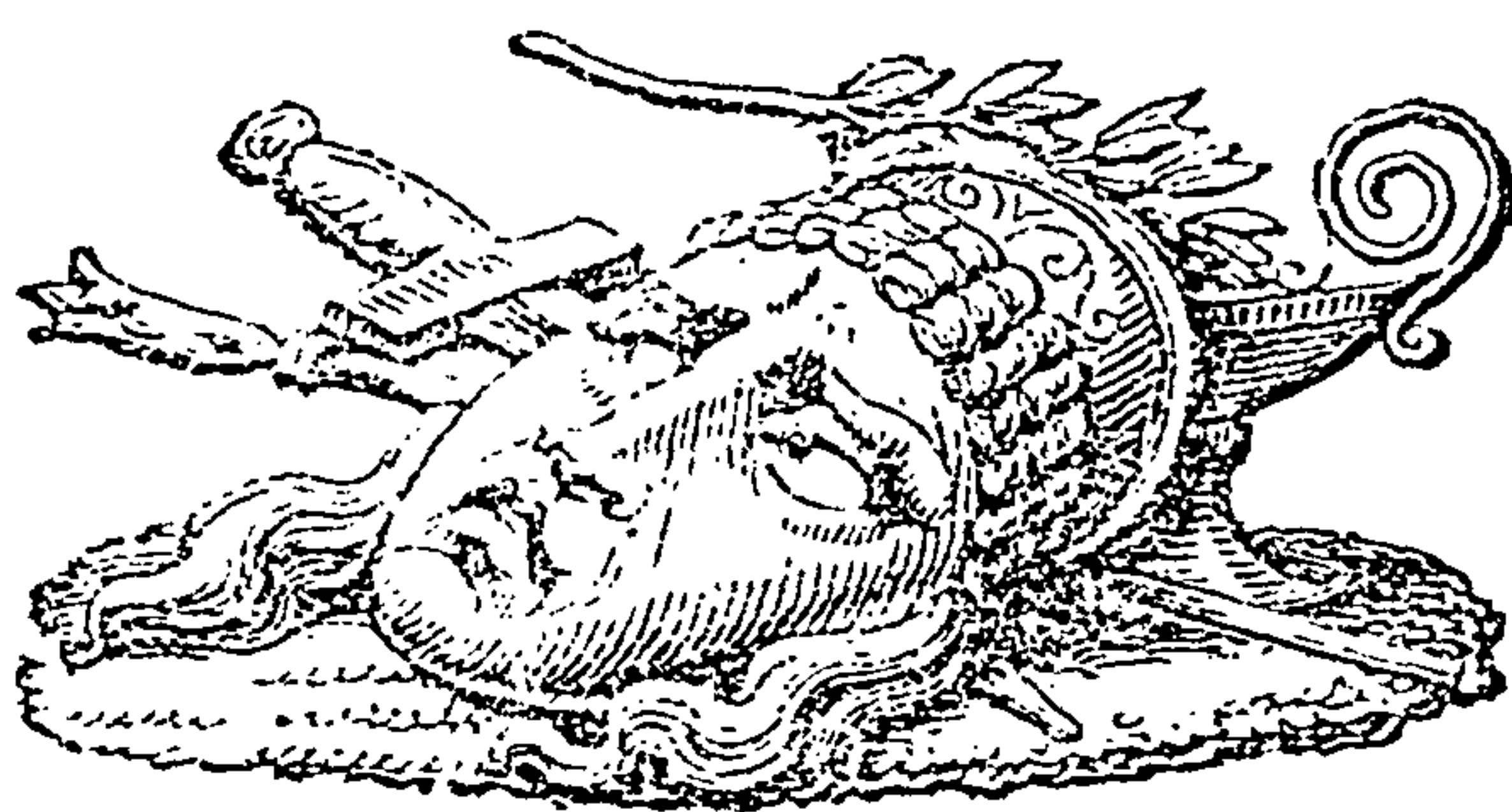


cha con él largo tiempo; pero al fin la cuchilla del soldado puso fin á la contienda, y Póstumo quedó muerto en la playa.



Tiberio, cuya notoria política, profunda y sin escrúpulo, negó haber dado orden alguna para perpetrar este crimen, fué acusado de asesinato: el centurion, muestra la orden de Salustio: este último apela á Libia. Le hizo conocer que sin la arbitrariedad, era nulo el poder de los emperadores; y que en una circunstancia tan importante, el hombre á quien Tiberio debió la muerte de su rival, no debía ser juzgado. Libia cubrió al Centurion y á Salustio con su amparo. Merced á ella escapó uno y otro de la persecucion de la justicia.

Tiberio, jóven todavía, tuvo que defender su poder contra la ambicion de su madre en estado de vejez. Se manifestaba ansiosa de honores, demasiado ardiente por recibir los homenajes serviles del senado y del pueblo, para que su hijo no recelase de ellos. Se atrevió á limitar la autoridad de la que le habia abierto el camino al trono: observó en senado pleno que la madre del emperador gozaba de un poder exorbitante para una república. Las amigas y favoritas de Libia procuraron sustraerse á las leyes, gracias al crédito que gozaban cerca de esta muger imperiosa. Tiberio protegió contra ella las leyes y su propia autoridad. En vano Urgulania, acusada ante un tribunal competente y sostenida por la emperatriz madre, quiso exigir que el pretor viniese á su casa para recibir sus respuestas é interrogarla: esta arrogancia que Libia autorizaba, fué castigada con una multa considerable, y la misma Libia la pagó. Humillada, ofendida, furiosa se queja á su hijo, que la escuchó con una indiferencia insultante, y en lo sucesivo le enseñó á respetar su voluntad imperial.

Sin embargo, la autoridad de su hijo le era tan cara como la suya propia; y cuando fué necesario un nuevo crimen para asegurársela, no vaciló